

PAUL MARIE DE LA GORCE: *De Gaulle*. Perrin, París, 1999. 1.406 páginas.

A esta monumental biografía de De Gaulle, a cargo de un testigo excepcional del gaullismo como lo fue el escritor De La Gorce, le acontece lo mismo que a la célebre *Histoire de l'Armée Allemande* de Jacques Benoist-Mechin: lo que contiene es en realidad la historia del siglo (y de hecho, va mucho más allá que la redactada por el más célebre defensor del pacto Vichy-Berlín, dado que esta última se detiene en 1940). Y se trata de una historia que hay que leer, para entender lo que pudo haber sido, y lo que fue, y lo que no podía ser.

Esta reseña se limitará a dos aspectos de esta biografía. El primero es De Gaulle como héroe carlyliano; el segundo, su ideología; todo ello con el trasfondo de su lucha contra el imperalismo anglosajón...

De Gaulle, en efecto, aparece como el paridor, el «turbo-compresor» que acelera la historia de Francia. El porqué se le puede considerar como tal lo describe magistralmente este biógrafo: «En los años treinta, propuso en vano la radical modernización del aparato militar francés reconociendo hoy todo el mundo que ésta hubiera evitado la derrota; y que adoptada esa modernización por Alemania, le supuso a ésta sus más grandes victorias. En los años cuarenta, a fuerza de su voluntad, gracias al ardor de sus compañeros y con el apoyo del pueblo mantuvo a Francia en el bando democrático y, por ende, en el vencedor; de paso, la liberó de la dictadura y de los arcaísmos autoritarios y reaccionarios, ante los cuales habían sucumbido tantos países de Europa, y contribuyó al cierre de la trágica historia de los Estados fascistas y de las Guerras Europeas —tras lo cual el destino de este continente fue la libertad reconquistada y consolidada. En los años cincuenta, batalló para establecer en Francia instituciones más adaptadas a las exigencias

de un Estado moderno...gracias a la estabilidad y la autoridad del [poder] ejecutivo: primero sin éxito, luego lográndolo cuando fundó la V República. A principios de los sesenta, tal y como lo exigía el espíritu del siglo, dio la independencia a todos los países del Africa francesa, al precio de un forcejeo con Argelia y con riesgo para su vida. En el transcurso de ese decenio, presidió la transformación acelerada —y quizá brutal— de las estructuras económicas y de la vida social en Francia y, por encima de todo, la liquidación del proteccionismo antiguo y la apertura de fronteras que constituía la condición de la entrada definitiva en la economía moderna. Quiso, con relieve, enterrar los viejos conflictos franco-alemanes [«revisando el Tratado de Verdun» que partió en tres al Imperio Franco «reunificando a Francos del Oeste y del Este» (p. 675) porque «mientras seamos los que somos, nacemos de la misma raza. Y hemos aquí hoy [franceses y alemanes] entre Europeos y occidentales» (p. 676).

Prosigue De La Gorce:

«Al establecer relaciones [diplomáticas] con la China Popular, abrió la mecha que le permitió a ésta ocupar en la comunidad internacional el lugar que hasta ahora le había sido negado. Vio las fisuras que amenazaban al bloque del Este, diagnosticó su agonía, pronosticó su estallido, y sacó de ello todas las consecuencias para la política exterior de Francia ¡Sí! A su modo, fue para su país, para la sociedad y hasta para el mundo, el paridor de la modernidad» (pp. 1326 y ss.).

De Gaulle es considerado, por los profanos, como la encarnación/ resurrección/ renovación de la clásica derecha francesa. Y sin embargo, no es así según De La Gorce. No sólo que nunca se calificó a sí mismo de derechas, sino que su política exterior, contraria a los

bloques, era sobre todo adversa —recuérdese Indochina, Cuba, Québec, la salida de la OTAN, el armamento atómico dirigido «Tout azimuts», su lucha contra el imperialismo del dólar, sus guiños a América Central y del Sur, su política resueltamente favorable al Tercer Mundo— al bloque anglosajón.

Desde luego, en sus enfoques económicos, el personaje no era lo que a lo largo de este siglo se ha calificado como «de derechas», «conservador» y «liberal».

«¡El dirigismo es necesario! ¡Tene-mos que dirigir de alguna manera! Prever qué empleos habría que proveer, y por ende, dirigir la formación profesional y... la Educación Nacional... Prever las reconversiones, las transformaciones, se trate de la minería, de los astilleros y de lo que sea... [E ir más allá] del interés por los beneficios de las empresas. [Porque eso es sólo] un buen comienzo [Y luego fuimos, en 1965] a la participación en las plusvalías del capital, lo que provocó tensiones con el capital, pero [esa] no fue razón para no aplicarlo. Permitiría [la participación] hacer de los obreros copropietarios de su empresa. Pero ahora hay que explorar cómo hacer que los cuadros y el personal puedan ser asociados a la gestión de las empresas, como contrapartida [por cierto, también] a la disminución del papel de los Consejos de Administración...

[En todo caso] ya no es posible tener que escoger entre el antiguo capitalismo liberal, que ni es ya posible ni es ya aceptado, que era injusto y, por ende, ya sobra, y el sistema comunista que no es bueno... En consecuencia, hay que llegar a un sistema social y económico que ni sea el comunista ni sea el capitalista...» (pp. 1298 y ss.). O, de nuevo: «La propiedad, la dirección, el beneficio de las empresas, en el sistema capitalista, sólo pertenecen al capital. Entonces los que no poseen éste, se hallan en una especie de Estado de alineación... ¡No! El capitalismo, desde el punto de vista huma-

no, no ofrece una solución satisfactoria» (p. 1275).

Siempre insistió De Gaulle a lo largo de sus andanzas en que «en la base de todo está la cuestión social» (p. 767). En todo caso, la lectura de esta biografía es definitiva al respecto: «Abundancia —dice De La Gorce— en sus escritos, en sus discursos, notas severas, mezcladas con desprecio, hacia las “élites”, los “notables”, los “intereses” de los “privilegiados”» (p. 1039).

Y como el individuo De Gaulle no se cortaba un pelo, he aquí su opinión sobre Hitler: «Es el suicidio, y no la traición, lo que acabó con la empresa de Hitler. Él mismo la había encarnado. Para no ser encadenado, Prometeo se tiró por el barranco. Este hombre, salido de la nada, se había ofrecido a Alemania en un momento en que ésta deseaba un nuevo amante. Cansada del Emperador caído, de los generales vencidos, se había entregado al caminante desconocido, que representaba la aventura, prometía el dominio y cuya voz apasionada removía sus secretos instintos... La empresa de Hitler fue sobrehumana e inhumana. La sostuvo sin descanso. Hasta las últimas horas de agonía, en el fondo del Bunker berlinés, permaneció siendo indiscutido, inflexible, despiadado como lo había sido en días más exitosos. Para la sombría grandeza de su combate y de su memoria, había optado por nunca dudar, transigir, o recular. El Titán que se esfuerza en levantar el mundo no sabía claudicar, ni dulcificarse. Pero vencido y aplastado, quizá vuelva a ser un hombre justo en el preciso momento que todo acaba, el tiempo de una secreta lágrima.» (p. 686).

Y sobre Franco: «Su curiosidad por España era grande. Quizá también su curiosidad por Franco. Se reunió con él en Madrid y quedó decepcionado por su conversación, tan gris le pareció el dictador español...» (p. 1323).